

Á cincuenta pasos de los moribundos huía Chicot muy tranquilamente.

— Es un demonio, — gritó el oficial, — y está hecho á prueba de hierro.

— Sí, pero no á prueba de plomo, — replicó un soldado apuntándole con su mosquete.

— ¡ Desgraciado ! — exclamó el oficial levantando el arma : — nada de ruido, porque vas á despertar á todo el pueblo ; mañana le encontraremos.

— Estoy discurriendo, — dijo filosóficamente uno de los soldados, — que hubiera sido mejor poner cuatro hombres abajo y dos solamente arriba.

— ¡ Sois un majadero ! — respondió el oficial.

— ¡ Ya veremos lo que le llama á él el duque ! — dijo gruñendo aquel soldado para consolarse.

Y dejó descansar la culata de su mosquete en el suelo.

XIX.

Tercera jornada.

Si Chicot huía con tanta calma, era porque se hallaba en Etampes, esto es, en una ciudad, en medio de una población respetable, bajo la salvaguardia de magistrados que, á su primera demanda, hubieran puesto el negocio en tela de juicio y arrestado al mismo duque da Guisa.

Sus asaltantes conocieron perfectamente su falsa posición, por lo que el oficial prohibió, como se ha visto, á sus soldados el hacer fuego, á riesgo de que se escapase Chicot.

Por la misma razón se abstuvo de perseguirle, pues sabía que al primer paso que diesen tras él, habriadespertado á toda la población con sus gritos.

La pequeña partida, disminuida en su tercera parte, se ocultó en las tinieblas, abandonando, para no comprometerse tanto, sus dos muertos y dejándoles las espadas á su lado, para hacer creer que habían muerto en desafío.

Chicot buscó en vano por todas partes á los especieros y sus mozos.

Luego, calculando prudentemente que sus asaltantes, habiendo errado el golpe, debían abandonar el pueblo, creyó que él, en buena estrategia, debía permanecer allí.

Hizo aun más ; después de haber hecho un rodeo, y oído desde la esquina de una calle inmediata alejarse los caballos, tuvo la audacia de volver á la posada, en donde halló al mesonero que aun no se había calmado del susto, y á quien dejó ensillar su caballo en la cuadra, mirándole absorto como á una fantasma.

Chicot se aprovechó de aquel estupor favorable para no pagar su gasto, que, por su parte, se guardó bien de reclamar el posadero.

En seguida se fué nuestro viajero á pasar el resto de la noche en la sala principal de otra posada, en medio de todos los bebedores, quienes al notar el rostro risueño y gracioso continente del desconocido, estuvieron lejos de sospechar que, aunque acababa de estar á punto de ser asesinado, había dado muerte á dos hombres.

Al despuntar el día ya estaba Chicot en camino y dominado por inquietudes que se aumentaban por instantes. Había salido felizmente de dos tentativas pero la tercera podía serle funesta.

En aquel momento se hubiera arreglado de buena gana amistosamente con todos los partidarios del duque de Guisa, salvo el enjaretarles las bolas que tan bien sabía inventar.

La aparición de un grupo de árboles le inspiraba temores difíciles de describir ; la vista de un foso le hacía temblar como un azogado ; una cerca algo más alta que lo regular le inspiraba tentaciones de volverse atrás.

De vez en cuando le ocurría la idea de despachar, así que llegase á Orleans, un correo al rey, para pedirle una escolta que se relevase de ciudad en ciudad.

Pero como, hasta dicha ciudad, el camino era solitario y muy seguro, conoció Chicot que si hacia lo que había pensado, se le tendría por cobarde, que perdería la buena opinión en que le tenía el rey, y que además la escolta le incomodaría mucho; á esto se añadía la consideración de que dejaba á retaguardia cien fosos, cincuenta vallados, veinte cercas y diez sotos, sin que se le hubiese aparecido el menor objeto sospechoso.

Pero después de haber pasado de Orleans, sintió Chicot aumentarse sus temores. Eran las cuatro de la tarde, es decir, cerca de anochecer; el camino estaba cubierto de maleza como un bosque, y se presentaba en progresión ascendente como una escala; destacándose el viajero en medio de la sombra del crepúsculo, aparecía semejante á un mamarracho que sirve de blanco, expuesto á las balas que cualquiera hubiera podido dirigirle.

De repente, oyó Chicot un ruido lejano parecido al que hacen en tierra dura los caballos que corren á escape.

Volvió el rostro, y, como hacia el medio de la cuesta que él había ya pasado, vió á varios jinetes que corrían á toda brida.

Los contó al punto; eran siete.

Cuatro de ellos llevaban mosquetes cruzados á la espalda.

El sol poniente daba á los cañones un brillo de color sanguinolento.

Los caballos de aquellos jinetes se acercaban por momentos al de Chicot, y éste por su parte no trataba de apostárselas á la carrera, pues conocía que el resultado de este empeño sólo hubiera sido disminuir sus recursos en caso de ser atacado.

Lo único que hizo fué dirigir su caballo á derecha é izquierda para evitar la puntería fija de los arcabuceros.

Chicot ejecutaba esta maniobra con un perfecto conocimiento de aquella arma y de los que la manejaban, porque en el momento en que los jinetes de retaguardia estuvieron á cincuenta pasos de él, le saludaron con cuatro balazos, que siguiendo la dirección en que fueron disparados, pasaron por encima de su cabeza.

Chicot los aguardaba ya hacía rato, por eso había tomado sus medidas de antemano. Al oír silbar las balas, abandonó las riendas y se dejó caer del caballo, pero al mismo tiempo tuvo la precaución de

desenvainar la tizona, y de empuñar con la mano izquierda una daga cortante como una navaja de afeitar y cuya punta era semejante á la de una aguja.

Cayó pues á tierra de tal modo, que sus piernas parecían dos resortes plegados, aunque dispuestos á extenderse con la mayor facilidad: al mismo tiempo, merced á la posición escogida por aquella caída voluntaria, su cabeza se encontraba resguardada, porque el pecho del caballo la defendía.

Un grito de alegría salió del grupo de sus perseguidores, quienes al ver en tierra á Chicot le creyeron muerto.

— Ya os lo decía yo, imbécil, — murmuró corriendo á todo escape un hombre enmascarado; — habéis errado el golpe anoche por no haber seguido mis órdenes. Ahí lo tenéis ahora, puesto á buen recaudo. Muerto ó vivo, que se le registre, y si se mueve que se le remate.

— ¡ Oh, señor! — contestó respetuosamente el caballero á quien iban dirigidas las anteriores palabras.

Todos echaron pie á tierra, á excepción de un soldado que recogió las bridas de todos los caballos.

Chicot no era precisamente lo que se llama un hombre devoto, pero en aquel trance se acordó de que hay un Dios, de que este Dios le abría los brazos, y que tal vez no transcurrirían cinco minutos sin que el pecador se encontrase delante de su juez supremo.

Balbució una melancólica y ferviente oración que llegó sin duda al cielo.

Dos hombres con espada en mano se acercaron á Chicot, y al oír sus lamentos, conocieron perfectamente que aun estaba vivo.

Como no se movía, ni hacía el menor ademán para defenderse, el más atrevido de los dos hombres tuvo la imprudencia de acercarse al alcance de su mano izquierda: la daga de Chicot, lanzada como por un resorte, entró en el pescuezo del osado caballero, y al mismo tiempo sumió la mitad de su espada en los riñones del otro que se aprestaba á huir.

— ¡ Ira de Dios! — gritó el jefe: — aquí hay traición: cargad los arcabuces, porque ese tunante parece que aun está con vida.

— Ya lo creo, — contestó Chicot: — sí, en efecto todavía estoy vivo.

Diciendo así y respirando fuego por los ojos,

arremetió pronto como el pensamiento contra el jefe, dirigiendo contra su careta, la punta de la espada.

Pero dos soldados le tenían ya cercado, y no tuvo más remedio que descargar sobre ellos dos soberbios mandobles que le dejaron libre por aquella parte.

— ¡Muchachos! ¡Muchachos! — gritó el jefe.
— ¡Los arcabuces con mil diablos!

— Antes que se preparen los arcabuces, — replicó Chicot, — te abriré las entrañas, seo pícaro, y romperé las cintas de tu careta para conocerte.

— Manteneos firme, señor, que yo os defenderé, — se oyó gritar al mismo tiempo á una voz que pareció á Chicot como bajada del cielo.

Era la de un joven que cabalgaba en un magnífico corcel negro: tenía dos pistolas en las manos, y gritó á Chicot:

— ¡Bajaos, con mil demonios! ¡bajaos! os digo.
Chicot obedeció maquinalmente.

Al mismo tiempo sonó un pistoletazo, y un hombre rodó á los pies de Chicot soltando la espada que empuñaba.

Entretanto los caballos principiaron á espantarse y á hacer cabriolas, y en vano los tres jinetes que

habían quedado vivos intentaron volver á montar, el mancebo disparó en medio de esta refriega otro pistoletazo, y derribó á otro hombre.

— Dos á dos, — dijo Chicot, — generoso salvador, tomad el vuestro, aquí tengo yo el mío.

Diciendo así, principió á dirigir sendas estocadas contra el enmascarado, que, aunque temblando de rabia ó de miedo, le hizo frente como hombre ejercitado en el manejo de las armas.

El joven por su parte, sin necesidad de empuñar la espada, había cogido á su contrario por medio del cuerpo, lo había derribado al suelo y lo maniató con su cinturón como á un cordero en el matadero.

Al verse Chicot enfrente de un solo adversario, recobró toda su calma, y por consiguiente su superioridad. Arremetió vigorosamente á su enemigo, dotado de gran corpulencia, le hizo recular hacia la cuneta del camino, y, después de una finta, le dió una estocada en las costillas.

Apenas vió Chicot en el suelo á su adversario, puso el pie sobre su espada para que no pudiera cogerla, y cortó con su puñal los cordones de la máscara.

— ¡ El señor de Mayenne ! — exclamó. — ¡ Diablo, ya me lo sospechaba !

El duque no contestó ; estaba desmayado, así por la pérdida de la sangre, como por el gran golpe que recibió al caer.

Chicot se rascó la nariz, según acostumbraba hacer en todo acto serio. Luego que reflexionó por espacio de medio minuto, se remangó el brazo, tomó su ancha daga, y se aproximó al duque para cortarle lisa y llanamente la cabeza ; pero en aquel momento sintió que un brazo de hierro sujetaba el suyo, y oyó una voz que le decía :

— ¡ Poco á poco, caballero ! no se mata al enemigo vencido.

— Joven, — respondió Chicot, — me habéis salvado la vida, es verdad ; os lo agradezco en el alma ; pero aceptad una leccioncita muy útil en estos tiempos de degradación moral en que vivimos. Cuando un hombre ha sufrido en tres días tres ataques ; cuando ha corrido tres veces el riesgo de perder la vida ; cuando todavía está caliente la sangre de enemigos que le han disparado desde lejos, sin provocación alguna de su parte, cuatro arcabuzos, como hubieran hecho con un lobo rabioso,

entonces, joven, ese valiente, permitidme que os lo diga, puede hacer impunemente lo que voy á hacer.

Y Chicot volvió á coger el cuello de su enemigo para acabar la operación : pero también fué detenido esta vez por la vigorosa mano del joven.

— No haréis semejante cosa, — dijo, — á lo menos mientras yo esté aquí. ¿ No os basta la sangre que sale de esa herida que le habéis hecho ? ¿ Queréis derramarla toda ?

— ¡ Sin duda, — dijo Chicot sorprendido, — conocéis á ese miserable !

— Ese miserable es el duque de Mayenne, príncipe igual en grandeza á muchos reyes.

— Una razón más, — contestó Chicot con voz sombría... — ¿ Pero vos, quién sois ?

— Yo soy el que os ha salvado la vida, señor, — respondió friamente el joven.

— Y el que, si no me engaño, me entregó una carta del rey en el camino de Charentón hará pronto tres días.

— El mismo.

— ¿ En ese caso estáis al servicio del rey ?

— Tengo ese honor, — respondió el joven haciendo una reverencia.

— ¿Y estando al servicio del rey os interesáis por el señor de Mayenne? ¡Diablo! Permittedme que os diga que eso no es propio de un buen servidor.

— Creo, por el contrario, señor, que en este momento soy un buen servidor del rey.

— Tal vez, — dijo Chicot tristemente, — tal vez; pero no es esta la ocasión de filosofar: ¿Cómo os llamáis?

— Ernautón de Carmainges, señor.

— Pues bien, señor Ernautón, ¿qué vamos á hacer de ese carroña igual en grandeza á todos los reyes de la tierra? Porque os advierto que yo cazo muy largo.

— Yo cuidaré del señor de Mayenne, señor.

— Y del compañero que escucha allá abajo; ¿qué pensáis hacer?

— El pobre diablo no puede oír nada, porque, á lo que creo, le he dejado bien amarrado y está sin sentido.

— Vamos, señor de Carmainges, habéis salvado hoy mi vida; pero la comprometéis furiosamente para más adelante.

— Hoy cumplo con mi deber; más adelante Dios proveerá.

— Hágase como lo deseáis; por otra parte, me repugna matar á ese hombre sin defensa, aunque sea mi mayor enemigo. Así, pues, quedad con Dios.

Y Chicot apretó la mano de Ernautón.

— Tal vez tiene razón, — dijo para sí alejándose para tomar su caballo.

Pero volviéndose de pronto, añadió:

— En verdad que tenemos á nuestra disposición siete buenos caballos, y creo haber ganado cuatro por mi parte; ayudadme á escoger... ¿Entendéis de caballos?

— Tomad el mío, — respondió Ernautón: — sé lo que puede hacer.

— ¡Oh! esa es demasiada generosidad: guardadlo para vos.

— No, yo no tengo tanta necesidad como vos de caminar ligero.

Chicot no se hizo de rogar, montó en el caballo de Ernautón, y desapareció.